

EL SUEÑO DE LAS BÍFIDAS

Punta Alta, Provincia de Buenos Aires, año 2084

Por Michel NIEVA

¿Y cómo íbamos a saber, cuando la planta me escupió su ácido, que la pierna se me transformaría tan rápido en este bloque deforme y durísimo que reventaba la tela del pantalón y el cuero del zapato?

Recibimos la primera noticia de la bífida (así la llamaban, debido a su característica hoja en dos puntas) por la denuncia de varios estancieros, a quienes empezaron a faltar cabezas de ganado, y sospechaban de las bandas de cuatreros que merodean la zona. Esta conjetura inicial, no obstante, se desvaneció cuando un peón, alertado por los pestilentes vapores fétidos, encontró la montaña de carne agusanada y viscosa que se pudría al costado de la planta. Bajo los visibles efectos de alguna sustancia corrosiva que transformaba la pila desarticulada de cuero, tripas, carne y hueso en un volcán de cuyo centro emanaba un caldo espumoso y rancio, el peón pudo calcular que ese amontonamiento de muerte fermentada a todas luces sobrepasaba el volumen de reses desaparecidas: estaban los novillos, sí, pero en ese palimpsesto de muerte se entreveraban también ratas, gallinas, jabalíes, vizcachas, nutrias, murciélagos, e inclusive los restos de algunos niños humanos que nadie pudo identificar por su alto grado de descomposición.

El escándalo de esta carnicería, de este horror vegetal, alcanzó a todo el pueblo. Los productores agropecuarios pusieron a disposición del Municipio sus drones de fumigación, que aplicaron ciento de litros de los más poderosos agroquímicos sobre los vegetales homicidas. Ni un yuyo de titanio, se jactaban, hubiera sobrevivido a las toneladas de herbicida que les habían pulverizado. Pero pese a los aires de triunfo inicial, la colonia de bífidas no solo no pareció percatarse de esta torrencial lluvia tóxica, sino que, bien al contrario, no hicieron sino crecer más y más y más, robusteciendo sus tallos y engordando sus hojas, como si el líquido pesticida, mortífero para casi toda la vida conocida de la Tierra, en vez de matarlas las alimentaras como el más exquisito manjar.

¿De dónde, se preguntaron propios y extraños, habían llegado estos yuyos asesinos y siniestros, insaciables de carne animal, que se reproducían como la peste, y a las que ningún herbicida parecía exterminar?

Todo tipo de teorías e hipótesis proliferaron, aunque ninguna lo suficientemente sólida como para sobrepasar el mero carácter de rumor. Algunos decían que un coleccionista de plantas carnívoras de Bajo Hondo había soltado por accidente una exótica especie del Chaco paraguayo, la cual, luego de décadas de asimilar la aspersión de agrotóxicos, mutó genéticamente, desarrollando el instinto asesino y los jugos gástricos tan lúgubrementemente célebres. Otros, que se trataría de una prehistórica especie jurásica emergida de los derretidos glaciares antárticos, que

recaló por azares del viento en estas orillas, y dado que su competencia evolutiva natural se había extinto hacía cientos de millones de años, se reproducía enloquecidamente, sin depredador alguno. Los más fantasiosos, por su parte, afirmaban que las esporas de la planta habían llegado de XTR-6453, exoplaneta de la galaxia de Andrómeda, a más de dos millones de años luz de distancia, transportadas por un meteorito de reciente impacto en Monte Hermoso, y cuyo origen extraterrestre se constataría por la singularísima estructura de sus glándulas digestivas, sin parangón a otra clase de plantas carnívoras de la Tierra.

Sea cual fuere su origen, ya no importaba: estaban acá, entre nosotros, y yo había sido contratado como experto del INTA para entender su fisiología y diseñar un plan de exterminio. La primera incógnita que urgía despejar era por qué estas plantas, mediante su poderosísima y espesa ponzoña, exterminaban de forma insaciable todo tipo de animales, inclusive humanos, si después, a diferencia de otras plantas carnívoras, no comían sus cadáveres, sino que los dejaban pudrir. Una hipótesis argumentaba que, para prosperar en tierras desertificadas por la acción intensiva y prolongada del monocultivo, las bífidas se beneficiaban del proceso químico de putrefacción, ya que la carne, al descomponerse a sus pies, liberaba compuestos orgánicos nitrogenados que fertilizaban el suelo. Sin embargo, mis análisis han comprobado que suelos tan degradados como en el que crecen estas plantas son incapaces de absorber el nitrógeno. Más bien al contrario, la descomposición suscita un medio hipersalino y ácido, que vuelve aún más infertil y tóxico el sedimento que las hospeda.

¿Será, como afirman acá en Punta Alta, que estas plantas están malditas, y que matan por placer? ¿Por sentirse, si es que sienten, anacrónicas en este espacio y este tiempo? ¿Será que por venir de otra era geológica, o inclusive de otra galaxia, han convertido su soledad esencial en una infinita sed de destrucción? ¿O será quizás que albergan una biología tan extraña y ajena a nuestro planeta, que su pulsión de vida, acaso de amor y amistad, se convierte aquí en un incontenible torbellino de cataclismo cósmico?

Cabe destacar, párrafo aparte, la singular alianza simbiótica que las bífidas entablan con el reino fúngico. Los hongos, a través de los micelios, nutren de 3 sustancias psicoactivas al veneno mortífero que secreta la planta. Este líquido, de aspecto viscoso y lechoso, se inocula en la víctima, que no alcanza a morir en el acto. Previsiblemente, la criatura intoxicada huye por instinto de supervivencia, tan lejos como puede. Pero lo insólito de este veneno radica en que, una vez que su componente psicotrópico se absorbe y activa, se apodera del animal agredido y le induce un estado alucinógeno que controla su mente. Como el flechazo de un Cupido químico, el condenado siente la imperiosa necesidad de volver en busca de más veneno, de mayor intoxicación, y en ese trance alucinado regresa a morir a los pies de la planta.

Otro dato que ha dejado perplejo a los pocos especialistas que tuvimos acceso a la bífida es que esta solo secreta su veneno por las noches, cuando sus flores repliegan sus pétalos y parecen dormir una pesadilla siniestra. En 1755, el naturalista Linneo publicó su célebre y pequeño tratado titulado *Somnus Plantarum*, que justamente postuló la hipótesis de que las plantas sueñan, pero que científicos posteriores descartaron por considerar una metáfora confusa y poco rigurosa, que humanizaba excesivamente comportamientos nocturnos específicos del mundo vegetal, carente, de más está aclarar, de un cerebro o sistema nervioso que active ese específico estadio fisiológico propio de organismos conscientes. Sin embargo, la singularidad de esta planta, sin analogías a la vida conocida en la Tierra, nos ha llevado a pensar lo contrario.

¿Será que la bífida sueña?

¿Y si sueña, qué acontece en sus sueños, mientras secreta su veneno?

¿Soñará con imposibles paisajes extraterrestres, géiseres de azufre volcánico y crepúsculos exosolares que iluminan océanos y aves insólitas que nunca veremos?

¿Soñará, como quien añora un familiar perdido, con brontosaurios, amonitas, pterodáctilos o tireóforos y toda la fauna jurásica extinta que jamás reencontrará?

¿O soñará con una belleza absoluta y plena, que deleita a la vida de su lejana galaxia, pero tan distinta a los criterios de nuestro mundo que por eso no comprendemos, o que incluso nos resultan aberrantes y terribles?

En cualquier caso, carece de sentido proseguir especulando sin fundamentos empíricos. Ayer, mientras recolectábamos con Sergio, mi asistente, muestras del suelo donde crecen las bífidas, sentí que había pisado algo ácido y blancuzco. Por una extraña desconfiguración sensorial, luego advertí que no había sido en mi pie: la bífida me había salpicado su impetuoso veneno en una pierna.

Con la ayuda de Sergio, ya que empecé a renguear, regresamos al chalet donde nos hospedamos.

Me senté y una sensación de hormigueo como una aguja me atravesó desde la cabeza a la pierna.

¡Traeme caña!— le grité a Sergio.

Me sirvió un vaso. No sabía a nada, escupí.

—Te dije caña, boludo, no agua!

Sergio volvió, desconcertado, con la botella de caña, de la que volví a tomar uno, dos, tres tragos. No sentía nada en la garganta.

¿Estaré ya bajo los efectos psicoactivos de la planta?

Con una tijera corté la tela del pantalón para aliviar la hinchazón deforme de mi carne, que se agrieta de estrías y várices, y cobra un aspecto viscoso y amarronado.

Empiezan a zumbear mis oídos, zumban como balas en la tarde última, y quizá ya es hora de abandonar la escritura, pero antes una última reflexión.

Los humanos vivimos con las plantas desde nuestra aparición en la Tierra, y lejos podemos decir que las conocemos. Esconden secretos terribles, que provienen del origen del cosmos. ¿No lo ven en la sonrisa perversa de esta bífida? Existieron millones de años antes de la emergencia de la humanidad, y sin duda cubrirán sin asomo de pena nuestros despojos una vez que desaparezcamos para siempre de la faz de este planeta.

Me atraviesan como relámpagos varias verdades, pero ya no hay tiempo de revelar todas. La bífida es, piensa, existe, y su existencia y su pensamiento me insuflan de sentido a mí y al resto de las cosas del cosmos.

Siento ahora que la bífida es como un cacho de bosta vacuna del que brotan sin orden ni concierto unas setas enloquecidas que son todas las ideas que anidan en la sustancia pensante de los cerebros de este y de todos los mundos y de cualquiera de las estrellas de esta y de todas las galaxias.

Debo volver, allí debo volver.

El bosque es un coche fúnebre

¿Qué sueña una planta?

¿Soñará con mi goce, o soñará mi destrucción?

¿Seré yo su sueño?

¿O será que sueña que yo la sueño?

Los árboles encajonan el sendero y la noche confunde la textura de lo extenso en una tiniebla majestuosa.

Así como Nicolás Copérnico postuló que la Tierra orbita alrededor del Sol, yo declaro en este preciso instante que el Universo y la Vía Láctea y el Sol y la Tierra y los humanos dentro giramos inexorablemente alrededor de las plantas.

Las plantas son un sueño extraterrestre a las que es preciso adorar, y hacia allí me dirijo. El amor es este acto excesivo y ridículo de arrodillarme ante una bestia que me desprecia. Oh bífida, me rindo a tus pies, come mi carne trastornada y deforme, yo soy tu servidor.

¡Come mi carne!

—
NICANOR ARÁOZ
Amor Alien
Ago—Oct 2025
BARRO